

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

VII ASAMBLEA GENERAL

Oaxtepec, Morelos, México, 7-11 noviembre, 1976

Comentario Oficial:

TEMA II: "LA UNIVERSIDAD COMO GENERADORA
DE AUTONOMÍA NACIONAL"

Por Óscar GARCÍA FERNÁNDEZ (Cuba)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ediciones UDUAL. México, 1976

LA UNIVERSIDAD COMO GENERADORA DE AUTONOMÍA NACIONAL *

Por Óscar GARCÍA FERNÁNDEZ **

La historia de la universidad y del libro evidencia que la división de la sociedad en clases convirtió la educación y la cultura en privilegio de minorías. Y aunque esta realidad social ha determinado hasta ahora, en la gran mayoría de los pueblos, el carácter y el camino de la universidad —lo que es fácil apreciar en la desvinculación entre necesidad nacional y programas de educación superior— puede afirmarse que, a pesar de todo, las universidades han contribuido con frecuencia en el despertar de una conciencia nacional y en el desarrollo de sus luchas sociales.

En las sociedades burguesas llegan a la universidad, por regla general, los que proceden de las clases más favorecidas. Pero entre ellos se hallan también los que comprenden que uno de los deberes fundamentales del hombre es participar activamente en el desarrollo de su patria, y en razón de ello, no pocas veces se adentran en la comprensión de que esta posibilidad —en la realidad de los países subdesarrollados, al menos— es sólo posible con el rescate de los recursos naturales, generalmente controlados por intereses extranjeros. A partir de aquí, la comprensión y conscientización de que en esencia todo se reduce, en la estructura social burguesa, a las relaciones de producción que determinan los injustos principios que la caracterizan —unido a la sensibilidad individual, la honestidad y el valor para el sacrificio— conforman los elementos esenciales para una participación activa en la lucha social.

En Cuba la lucha por la autonomía universitaria, su conquista y consolidación, fue origen de múltiples movimientos, luchas y sacrificios, donde las aguerridas vanguardias de cada generación contribuyeron con héroes y mártires.

José Martí, que predicó una enseñanza práctica, murió en defensa de la libertad, con un arma en la mano; Mella, impulsor de una pro-

* Comentario a la ponencia sobre el Tema II, con el mismo nombre, de la VII Asamblea General de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL) que deberá celebrarse en Oaxtepec, Morelos, México, del 7 al 11 de noviembre de 1976.

** Vicerrector Primero de la Universidad de La Habana, Cuba.

funda transformación universitaria, comprendió pronto que no habría reforma integral sin transformación social. José Antonio Echevarría ofrendó su vida, proyectada con el mismo propósito.

Fue necesaria una guerra de liberación —dirigida por nuestro Comandante en Jefe, Cro. Fidel Castro— para transformar todo, incluida la universidad y su limitada y vulnerable autonomía. Hoy día, estos cambios han culminado en la universalización de la universidad, donde cada obrero es un estudiante y cada estudiante un trabajador.

Analizar las perspectivas y la responsabilidad de la universidad latinoamericana puede constituir un serio esfuerzo en la búsqueda de soluciones a sus problemas. Pero es imprescindible que se parta de las verdaderas relaciones entre la universidad latinoamericana, la formación social y el correspondiente proceso de desarrollo económico y social en que ellas se insertan. Parece por tanto necesario precisar algunos aspectos de estas relaciones, que al parecer por el título de nuestro tema, pueden no estar debidamente establecidos.

La proyección de las universidades de la América Latina en la vida nacional no se deriva tan sólo de las dificultades que actualmente confrontan estos países con la educación superior; ella viene dada, fundamentalmente, porque la estructura y los cambios que se operan en estas instituciones se encuentran estrechamente vinculados a los que se producen en la formación económico-social respectiva, considerada en su totalidad y caracterizada, en nuestros países, por el retraso económico, social y cultural.

Este retraso en los diversos órdenes de la formación social es propio del subdesarrollo, fenómeno que no es autónomo y que ante todo es resultado de la intervención colonial y neocolonial en el proceso histórico de nuestros países.

Esa intervención impuso y desarrolló la distorsión estructural de la economía y las grandes desigualdades sociales; desfiguró la cultura y sometió la política nacional. Lógicamente, los procesos que ocurren en el interior de las universidades latinoamericanas adquieren un significado especial porque se producen en el contexto de una situación histórica de dependencia y atraso económico y social.

En estas condiciones resulta comprensible el surgimiento de proyectos universitarios que se plantean la posibilidad de democratizar, modernizar y hasta revolucionar la universidad y, a partir de ellos, “autonomizar” la vida nacional. Pero la viabilidad de estos proyectos encontrará su límite en las propias condiciones que hacen posible su

emergencia. Y esto es así porque si bien es cierto que la universidad —como toda institución social— posee con relación a su contexto nacional una “relativa autonomía”, ésta se encuentra limitada por la formación social en que se inserta. Por tanto, para transformar radicalmente la universidad es necesario cambiar antes la sociedad.

En nuestros países el logro de la autonomía nacional está unido indisolublemente al proceso de desarrollo económico y social. Este debe comenzar necesariamente por un cambio de las estructuras básicas, cuyo punto de partida es la independencia de los centros de poder neocolonial, lo que entraña la realización de la verdadera liberación nacional: la recuperación de las riquezas naturales, transformaciones en la estructura de propiedad de la tierra, orientación del crecimiento económico hacia los sectores o ramas que garanticen el proceso global y armónico del crecimiento autosostenido, detención del proceso de descapitalización a través del sector externo, y como parte y resultado de estos cambios, la alfabetización, la expansión del sistema educacional y el revolucionamiento de la universidad.

Hasta el triunfo revolucionario, las universidades cubanas —como otras instituciones— eran parte y resultado de un contexto social —el del sistema mundial capitalista—, caracterizado por la unión de la explotación clasista a la dependencia neocolonial. Condiciones muy similares pueden encontrarse actualmente en muchos de los países latinoamericanos. Estas condiciones presidían un sistema educativo organizado de “arriba abajo” y por tanto elitario en su estructura y sus funciones. La población universitaria crecía lentamente y sin que la estructura de matrícula correspondiera a las necesidades fundamentales de la nación; la formación que recibían sus alumnos carecía de concepción científica y el claustro, con sólo honrosas excepciones, vegetaba en su cátedra de por vida. Aceptaban y producían modificaciones legales, siempre y cuando no alteraran su naturaleza. Como instituciones no escaparon a la caracterización que de ellas hizo Julio Antonio Mella:

“Las universidades, como otras tantas instituciones del régimen presente, están hechas para sostener y ayudar el dominio de la clase que está en el poder. Creer que los intelectuales, o las instituciones de enseñanza, no tienen vinculación con la división sociológica en clases de toda sociedad, es una ingenuidad de los miopes políticos. Nunca una clase ha sostenido una institución, ni mucho menos instituciones de educación, si no es para su beneficio.”

Las verdaderas "sacudidas" de la vida universitaria, en el periodo de la "República Mediatizada", estuvieron determinadas en gran medida por procesos de hondo contenido nacional: de profunda crisis (periodo de 1923 a 1933), de formulación y/o conservación (de 1934 a 1950) y de agravamiento de las contradicciones políticas (a partir de marzo de 1952 y, sobre todo, de la nueva etapa de revolución abierta que se inició con el asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953).

La participación en estos procesos hizo que el movimiento estudiantil —verdadero elemento dinamizador de la institución— se enfrentara en innumerables ocasiones con la necesidad de definirse ante los problemas de la liberación nacional, lo que mereció un alto reconocimiento de los trabajadores y el pueblo en general. En Cuba, la participación estudiantil en la revolución nacional y social ha sido tan destacada que se la considera como parte inseparable de nuestra tradición revolucionaria.

En el primer tercio del siglo XX cubano se consolidó la supeditación política, económica y social a Estados Unidos de Norteamérica. Mecanismos económicos, jurídicos, políticos y militares fueron utilizados para mantener el país sujeto a su dominio. La historia fue falseada, el comercio y las riquezas naturales monopolizados y controlados. Nuestro país, gracias al "poderoso vecino del norte", se convirtió en un país dependiente, abastecedor de materias primas, con una falsa independencia nacional representada por gobiernos que, en complicidad con los burgueses y oligarcas criollos, preservaban los intereses del centro de poder neocolonial. Un signo adicional —según expresa Carlos Rafael Rodríguez— es que "no hubo siquiera un intento por parte del imperialismo dominante para influir a la enseñanza superior cubana en un sentido científico... De ahí que en 1920 la docencia cubana padeciera las mismas insuficiencias, o casi las mismas, que le habían imputado Varela, Saco y Luz en los primeros años del siglo XIX".

El resultado de estas condiciones fue una profunda crisis del sistema económico, social y político neocolonial en cuyo marco se desencadenó un movimiento revolucionario en los últimos meses de 1933, que se frustró bajo la presión del imperialismo norteamericano.

El movimiento estudiantil había surgido en 1923 frente a la crisis de la república. En Córdoba, Argentina, el movimiento reformista universitario había logrado que el gobierno de Irigoyen, representante de

las clases medias urbanas y rurales en ascenso, convirtiera en legislación la mayor parte de su programa. En realidad, esas demandas no eran ajenas a las necesidades del sistema económico-social y reclamaban una universidad en consonancia con las nuevas condiciones imperantes. La influencia de la Reforma de Córdoba trascendió a varios países de la América Latina. En Cuba, Julio Antonio Mella es el líder estudiantil más avanzado y capaz de esta época. Fue el fundador de la FEU, el gestor del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, fundador de la Universidad Popular "José Martí". Pero en estos años su propio desarrollo lo hace trascender el movimiento estudiantil y hacerse comunista; comprende que la lucha revolucionaria por el poder político es la tarea central y ve las demás cuestiones a través de este prisma... "Fue de los primeros en comprender en este continente —como expresa el Cro. José R. Machado, Primer Secretario del Partido en la Provincia de La Habana— que la solución de los problemas que afectaban a los estudiantes no estaba separada de la de los problemas de la clase obrera y del campesinado, proclamando que era preciso, para hacer la revolución universitaria, hacer primero una revolución política y social que cambiara las estructuras de poder existentes, logrando la verdadera independencia nacional, y pusiera la universidad al servicio del pueblo".

Machado, que había asumido la presidencia en 1925 con el propósito de garantizar un clima de "tranquilidad" para las crecientes inversiones del capital norteamericano, quiso prolongar su mandato mediante la imposición de la prórroga de poderes. El propósito machadista hace resurgir la protesta estudiantil. Desde ahora y durante toda la lucha contra Machado el movimiento estudiantil se proyecta con un marcado cariz político, relacionado íntimamente con un proceso revolucionario que aspira a transformaciones políticas y sociales más o menos profundas.

El movimiento estudiantil combatió firmemente a la tiranía, consiguió llevar tras sus consignas a la masa estudiantil e influir en los sentimientos políticos del pueblo; actuó según las tácticas que sus concepciones y circunstancias le imponían. Sus organizaciones, el Directorio Estudiantil contra la Prórroga de Poderes (1927), el Directorio del 30 y el Ala Izquierda Estudiantil (fundada en 1931) dirigieron el movimiento en esta etapa combativa.

La lucha contra la mediación de los Estados Unidos de Norteamérica, la participación del Directorio Estudiantil en el gobierno después de

la caída de Machado —gobierno en el que Antonio Guiteras, como Secretario de Gobernación, no sólo dictó las primeras medidas antimperialistas que con fuerza de ley se promulgaron en nuestro periodo republicano neocolonial, sino que también reconoció por primera vez, en virtud de un decreto-ley de octubre de 1933, la autonomía universitaria— y otros hechos preparan el movimiento estudiantil para la última fase de la Revolución del 30: la lucha contra el nuevo eje pro imperialista, en el que Fulgencio Batista es la figura central.

En 1934 el estudiantado depura a los profesores machadistas; intenta de nuevo, como en 1923, llevar adelante la “renovación” de la universidad y conquista el cogobierno; mantiene, a duras penas y en gran oposición al gobierno del país, la autonomía universitaria y participa activamente en la agitación popular. Por último, en marzo de 1935, dirige a través del Comité Estudiantil Universitario una huelga general política, caso —según Raúl Roa— único en la historia de las huelgas de este tipo, que estuvo a punto de derrocar al gobierno.

La universidad, ocupada militarmente, permaneció cerrada durante dos años (1935-1937). El estudiantado se mantuvo ausente de las aulas, presionando legalmente para lograr el reconocimiento de algunas demandas imprescindibles: la autonomía universitaria —violada reiteradamente en la lucha contra la dictadura de Machado, hasta dejar de ser un instrumento con validez real y, de hecho, quedar inservible— la libertad de los presos políticos y la solución técnica a los problemas de la segunda enseñanza.

La Ley Docente de 8 de enero de 1937 recogió sólo parcialmente las demandas estudiantiles: brindaba una autonomía que tanto en la letra como en los hechos era limitada.

Esta Ley de 1937 que estuvo en vigor en Cuba, con ligeras modificaciones, hasta 1959, pretendió convertir la universidad en una institución neutral y despolitizada, donde el estudiante fuera un elemento desprovisto de toda participación y decisión y donde se perpetuara el carácter elitario y discriminatorio de la universidad como institución de educación superior.

El Comité Ejecutivo de la Confederación de Estudiantes Cubanos presentó a la Asamblea Constituyente de 1940 los acuerdos del Congreso Nacional de Estudiantes del año anterior. Algunos de estos acuerdos apuntaban a la búsqueda de una promoción de la autonomía nacional. Pero éstos —como otros muchos preceptos constitucionales— sólo tuvieron el valor de ser aceptados en la letra constitucional.

En esta época se consolida el poder político de la burguesía y el control del imperialismo. Pero de 1947 a 1952 las potencialidades revolucionarias existentes en nuestro movimiento estudiantil comienzan a resurgir, proyectadas ahora sobre los gobiernos “de turno”. Manifestaciones contra medidas y personeros del gobierno, por el rescate de la dignidad en la vida universitaria; protestas públicas por los asesinatos de líderes obreros, y lucha por el adecentamiento de la vida nacional y la administración pública, son algunos de los sucesos que dan vigencia a los postulados de Mella. El alevoso golpe de estado de marzo de 1952 sacude la conciencia de todos los sectores del país. Desde ese mismo instante, en nuestras universidades, se gesta la lucha; de sus aulas salen muchos de los dirigentes y participantes del asalto al cuartel Moncada, de la clandestinidad, del asalto al Palacio Presidencial y de la lucha armada en la Sierra Maestra.

La universidad proporcionó las reservas necesarias para la movilización popular en los días aciagos de la dictadura. La autonomía —el derecho a pronunciarse y participar en nombre de la sociedad— estuvo en el centro de la actividad estudiantil durante los periodos más difíciles de la lucha; hasta que universidad e insurrección quedaron identificadas, y los altos centros de estudios del país fueron clausurados dos años antes de la victoria sobre la tiranía. Para el pueblo, unido ya en el combate, la Sierra Maestra fue el símbolo de nuestra libertad y soberanía. Para el estudiantado cubano, al igual que para el resto del pueblo, la verdadera y definitiva batalla tenía su máxima expresión en la lucha que, iniciada en el Moncada, centellaba promisoriamente en las montañas de la Sierra Maestra. La histórica Escalinata dejó de ser centro de concentración; el marco se había agrandado en correspondencia con el objetivo central de la lucha. La sierra, el llano, la clandestinidad, agruparon en torno a la vanguardia combatiente a todo el pueblo, que de una u otra forma participó en el derrocamiento de la dictadura.

Al triunfo de la Revolución —hora de balance y recuento de fuerzas para acometer tareas inmediatas y perspectivas— aparece una universidad sin laboratorios ni investigación, sin programas actualizados, productora de abogados y médicos y sobrecargada en humanidades, resultado de un estancamiento industrial y económico que todavía utilizaba —a mediados del siglo XX— procedimientos del XIX. Una universidad donde el alumnado, en su enorme mayoría, tenía una procedencia burguesa; si algún obrero había en sus aulas podía considerarse una proeza, nacida de la tenacidad individual. La universi-

dad, como institución, es expresión de la sociedad y de su sistema de relaciones. Necesariamente la revolución que transformaba al país tenía que expresarse, en todas nuestras universidades, con profundos cambios. La transformación del "status" universitario en Cuba se vio precedida por un cambio profundo de estructuras, iniciado por la reforma agraria y la nacionalización de la banca y las inversiones extranjeras. A ello siguió una vasta campaña de alfabetización que contribuyó a desatar la acción del pueblo en el plano educacional.

La identidad de objetivos, la verdadera democratización del acceso a la educación y la finalidad general de contribuir al desarrollo del país como expresión de una lucha común, hicieron envejecer de golpe los tradicionales conceptos de universidad y de autonomía como expresión de derecho al enfrentamiento. La universidad —en razón de los cambios generales del país— había dejado de ser una institución aislada para convertirse en parte consustancial del proceso revolucionario e instrumento básico de la estrategia nacional para el desarrollo.

Conviene destacar que la lucha por "la autonomía" no puede verse como fenómeno aislado, so pena de confundir lo particular con lo general, la táctica con la estrategia.

La batalla por la autonomía universitaria, y ella en sí misma como instrumento de lucha social, ha tenido gran significación en la larga historia de sacrificios y victorias del estudiantado cubano. Pero también puede ser hábilmente utilizada como "compromiso de tolerancia" o "falsa imagen de democracia" que embote la sensibilidad y haga pensar que se disfruta de una "libertad" a cambio de la cual se arriesguen decisiones y hechos que resultan fundamentales en la lucha. Hay otra circunstancia que surge en el momento en que triunfan las verdaderas fuerzas revolucionarias: entonces, la "lucha por la autonomía" puede ser empleada como instrumento de la reacción, contra el pueblo y contra el propio desarrollo de la revolución.

En los primeros meses del triunfo de la Revolución en nuestro país, cuando se abrían de par en par las puertas de nuestras universidades al pueblo y se profundizaban en ellas los cambios que a escala nacional se producían en todas las estructuras sociales, no faltaron esas maniobras de la reacción. Grupos minoritarios pretendieron esgrimir, de manera insidiosa y contrarrevolucionaria, algunos principios de la autonomía universitaria para esconder sus verdaderos intereses de clase, a los que no renunciaron y por los que, en definitiva, fueron expulsados

de nuestras universidades por los verdaderos forjadores y sostenedores de la Revolución.

La autonomía universitaria es un objetivo de carácter táctico en un periodo determinado de la lucha por la verdadera y definitiva independencia nacional. Julio Antonio Mella, con correcta interpretación marxista del fenómeno, consolidó los nexos que a partir de ella se establecen entre los organismos obreros y los estudiantiles; vinculaciones que a lo largo de la república neocolonial registraron páginas preñadas de heroísmo y solidaridad.

Las universidades pueden convertirse, a partir de las naturales inquietudes que surgen en los medios estudiantiles, en "centros iniciadores", "chispas" de sucesos nacionales de intensidad y alcance variables; pero los cambios definitivos de la estructura social, únicos capaces de determinar las verdaderas transformaciones nacionales y universitarias, sólo son posibles cuando la clase obrera toma el papel dirigente que le corresponde. Alcanzada esta etapa, la autonomía universitaria deja de ser una necesidad, porque se ha logrado la verdadera independencia económica, de la que derivan en natural desarrollo la independencia cultural y científica. Y es en este contexto donde los centros educacionales encuentran las óptimas condiciones para el desarrollo pleno y armónico de sus naturales funciones y responsabilidades, mediante la incorporación activa y consciente de profesores y estudiantes.

Apenas quince años atrás, Cuba compartía con la mayor parte de los países del Continente toda una serie de problemas y obstáculos en el campo de la educación. Tenía más de un millón de analfabetos, entre una población de seis millones de habitantes. De unos 700,000 niños en edad escolar, alrededor del 56% no asistía a clases, mientras había 10,000 maestros sin trabajo. Era lógico que así fuera, por el estancamiento industrial y la estructura latifundista de la tenencia de tierras, por la dependencia de mercados y el control monopolista norteamericano sobre el comercio de exportación, la banca, comunicaciones, transporte y servicios.

La transformación revolucionaria de la universidad fue expresión de un acto de reafirmación soberana y el inicio de un proceso de verdadera democratización en términos de acceso masivo del pueblo a estos niveles del Sistema Nacional de Educación.

A partir de entonces, la educación superior puso la ciencia y la técnica al servicio del país y no de la empresa privada. Evidencia de ello no es sólo el hecho de que Cuba haya contado en los últimos años con una tasa de crecimiento superior al 10% anual, sino que de

15,000 alumnos de nivel superior en 1959, las universidades del país cuentan hoy con más de 80,000 estudiantes, de los cuales algo más del 50% son trabajadores. Y aun esto, sin haberse producido la explosión docente que ocurrirá a la mitad del presente quinquenio, como resultado del crecimiento progresivo de todos los niveles del Sistema Nacional de Educación.

Añadamos a estos indicadores que teníamos tres universidades en 1959 —las privadas no tenían peso— y que hoy contamos con 14 universidades y centros de educación superior, 3 centros universitarios, 4 filiales y cientos de unidades docentes. Todo ello constituye una red nacional de centros de educación superior, que se acrecentará y afianzará en el presente quinquenio, permitiendo el acceso a los estudios universitarios a todo lo largo y ancho de la Isla.

En el momento actual pueden cursarse en nuestras universidades y centros de educación superior más de ochenta especialidades y de 120 especializaciones, cifra que contrasta ventajosamente con las 25 especialidades que comprendían los estudios superiores en el año de 1959.

Los cambios en la educación acompañan, afianzan y aceleran el desarrollo de una cultura libertadora, nacida de la independencia económica y la soberanía política. En la misma medida en que la eliminación del dominio monopolista y la dependencia de mercados crean nuevas posibilidades de producción y trabajo, la educación se transforma de abajo arriba para hacer frente a las necesidades del crecimiento. En respuesta a estas demandas, los programas y sistemas de enseñanza se van modificando a escala de los cambios de estructuras económico-sociales y del ritmo de desarrollo de la Revolución.

Las primeras medidas aplicadas a la transformación del proceso educacional —tales como la alfabetización y la democratización del sistema general de enseñanza— dieron resultados inmediatos. Sus efectos se apreciaron en el logro de hábitos de disciplina laboral y de estudio, en la familiarización de los educandos con los procesos productivos y en el desarrollo de una conciencia de productor en contraposición a la de consumidor.

El sistema nacional de educación contribuyó a viabilizar estos avances mediante la extensión de las posibilidades educativas a toda la población, el incremento del carácter científico de la educación, la formación ideológica de las nuevas generaciones y la vinculación de la escuela con el desarrollo económico-social del país.

Es a partir de la Reforma Universitaria (1962) cuando —como señala la ponencia de Cuba a la IX Conferencia de Ministros de Edu-

cación Superior de Países Socialistas, celebrada en La Habana en 1974— se produce un cambio significativo en los objetivos, participación y organización de la Universidad.

El caso de Cuba prueba que la educación depende, en su naturaleza y desarrollo, de la posibilidad del cambio radical y profundo de las viejas estructuras económicas. Es esta coyuntura la que determina la creciente participación de alumnos y profesores en las transformaciones revolucionarias, así como la urgencia de modelar la actividad académica acorde con esta realidad. El trabajo —indica la citada ponencia— surge como único elemento capaz de establecer el vínculo necesario. En la dialéctica del nuevo desarrollo, emerge como algo que había estado alejado del ámbito académico y de los centros superiores de enseñanza.

Hoy, en Cuba es una realidad la incorporación plena del trabajo al curriculum de estudios en todo el sistema de educación, tesis aceptada ya incluso por algunos países capitalistas industrializados. Esta actividad, que despierta admiración en muchos países que ven en ella una vía ejemplar, ha contribuido en los últimos años a crear hábitos y valores éticos para una cultura revolucionaria, en una sociedad en la que el trabajo se considera derecho y deber consustancial del hombre.

La participación activa y directa de los alumnos universitarios en la creación de la riqueza nacional es factor básico de la estrategia de desarrollo del país, y lo es también en la universalización de los estudios superiores. Ya en octubre de 1959, en la Universidad de Oriente, el Comandante Ernesto Che Guevara había planteado con visión de futuro que “la educación y el desarrollo están constantemente actuando entre sí y configurándose mutuamente”. Nuestro Comdte. en Jefe, Cro. Fidel, sintetizó nuestra aspiración en una frase: “Que cada estudiante sea un trabajador y que cada trabajador sea un estudiante...”

La universalización de la educación superior, que podría considerarse un resultado del desarrollo, se convirtió en una condición para vencer el subdesarrollo. Porque universalizar el estudio, en las condiciones de un país largamente dependiente y neocolonizado, exige también universalizar el trabajo.

Este principio se aplica desde los huertos escolares de primaria y los planes “La Escuela al Campo” y “La Escuela en el Campo”, hasta las prácticas pre-profesionales en la enseñanza técnica y profesional y la educación superior.

Advertimos que la incorporación del trabajo a todos los niveles del Sistema Nacional de Educación, así como las experiencias acumuladas, hacen prever cambios de organización en el régimen de estudio y trabajo en nuestras universidades. El sistema ha ido perfeccionándose con su aplicación y las investigaciones científico-pedagógicas realizadas; el logro de los objetivos trazados para esta etapa —que se traducen en lo esencial en una profunda conciencia del valor e importancia del trabajo para el desarrollo social, conciencia ésta que preside la acción de cada uno de nuestros estudiantes— y la plena interiorización de la armonía entre la experimentación y la investigación, todo esto nos obliga a buscar formas superiores de aplicación del régimen de estudio y trabajo. Pero al igual que en aquellas primeras experiencias, de hace más de diez años, el estudiantado universitario de Cuba, acompañado por sus profesores, participará de forma activa, directa y consciente en la consolidación de nuestra Patria Socialista.

Los definitivos cambios sociales producidos en nuestro país —que se profundizan y sustentan en una sólida, creciente y propia economía— crea las reales condiciones para la incorporación plena y armónica de los logros de la revolución científico-técnica. En tales circunstancias los centros de educación superior adquieren una redoblada importancia, como formadores de los cuadros científicos capaces de dar respuesta a las crecientes necesidades de una sociedad socialista.

En la estrategia general de un pueblo que busca su plena y definitiva independencia —sólo alcanzable con la eliminación de la explotación del hombre por el hombre— la autonomía universitaria es una trinchera, un objetivo táctico. Lograda la independencia, desaparece como “por encanto” la necesidad de la autonomía. Se goza naturalmente de autonomía porque se es libre, se es libre porque a la universidad ha llegado el pueblo. Como dijera el inolvidable Cmdte. Ernesto Che Guevara: “La universidad se ha vestido de negro, de blanco, de mestizo; y en el contexto de nuestra América debemos de añadir, ¡de indio!”

Fue México el escenario, siempre cálido y hospitalario, donde nuestro Apóstol José Martí escribió hace 85 años su artículo “Nuestra América”. De ahí recogemos estas ideas suyas, de gran vigencia actual:

“Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase en esta generación...”

Señores Delegados:

Las universidades cubanas concurren a esta VII Asamblea General de la UDUAL con el espíritu fraterno que les dictan los profundos sentimientos de hermandad que las unen a los pueblos de nuestra América.

Traemos nuestra experiencia en la lucha por la autonomía universitaria a lo largo de nuestra historia, y lo que ella representó para alcanzar la plena y definitiva independencia.

En nuestra Patria la lucha por la autonomía universitaria nunca estuvo aislada de la lucha por los intereses de todo el pueblo. La universidad no fue “torre de marfil de la razón pura kantiana”, sino fortaleza desde la cual salían estudiantes y obreros a darle batalla a la “injusta razón” del sistema social de explotación, de miseria y de vicios que es el capitalismo. Lograda la verdadera autonomía nacional en el seno de la cual ha quedado insertada toda otra expresión de autonomía, dejó de haber contradicción entre el interés particular de la ciencia y de la cultura, y los intereses generales de las clases y capas que ocupan el poder. Las universidades cubanas son hoy los centros donde se están formando los cuadros de alto nivel que la patria necesita para salir del subdesarrollo material y espiritual al que la tuvieron sometida el imperialismo y la oligarquía.

En Cuba se cumplió el objetivo de la autonomía universitaria como un instrumento de lucha por la autonomía nacional. Ahora, lograda la autonomía nacional, las universidades han proliferado y cubren todo el territorio de la patria. Ellas están generando la plena autonomía material y moral del pueblo cubano, libre y desalienado.